LAS NARRACIONES BREVES

Carmen Llorca

Últimamente se ha desarrollado mucho el gusto y la práctica por la narración breve. No es la novela corta, que un día tuvo gran aceptación y cultivadores excepcionales que lograron crear auténticas obras maestras. Tampoco es el cuento, que en España tiene una arraigada tradición. Se trata, sencillamente de la narración breve, es decir, de presentar escenas, personajes, descripciones, pero que carecen de principio y de fin, que no tienen argumento y muchas veces ni siquiera tienen sentido o lo tienen muy oculto. Es como un "flash" literario, un ejercicio de entretenimiento o de composición pero destinado al público. La técnica en sí puede dar excelentes resultados en el futuro cuando se llegue a combinarla con el interés de la narración. Porque ahora se olvida con demasiada frecuencia, en la desordenada producción literaria de la actualidad, que un escritor no debe ser solamente un técnico de la expresión escrita, sino un hombre que inquiete bien porque plantea problemas o bien porque los resuelve. En cualquier caso su arte lo interesará si se limita a que su expresión -algunas veces solamente sus expresiones- sea fuerte o breve o real, sino cuando tenga, además; un valor humano y completo.

Antonio Pereira en "Una ventana a la carretera", Juan García Hortelano en "Gente de Madrid", Julio Manegat en "Historia de los otros", Carmen Nonell en "La Perrona", María Ángeles Arazo en "El hijo que no nació" y varios escritores más han presentado en estos y otros libros narraciones breves. Limitándome, de momento, a los dos primeros autores, Pereira y García Hortelano, diría que parecen preocupados por un mismo mundo social si bien Pereira ofrece un repertorio de estampas provincianas y García Hortelano lo refiere a la gente de Madrid. En realidad no es mucha la separación; la misma gente con sus limitaciones, con sus estrecheces; con su ligereza o con sus prejuicios. El ritmo en Pereira es lento, tranquilo, provinciano, con una gran calma. Un sano optimismo domina las situaciones que trata de presentar sin identificarse con ellas, por el sarcasmo o la ironía que pudiera poner el autor en la descripción de los personajes y su ambiente. Pero hay una cierta esperanza, una fe. Pereira es también poeta y esa luz que todo poeta lleva en su interior la traslada a la narración. En cambio no son románticos ni poéticos los personajes femeninos. Son mozas jóvenes, descritas tan jugosamente que parece referir calidades de frutas, como auténticos productos de la tierra fértil y generosa, o bien por el contrario

ofrece Pereira el consabido tipo de señora adusta, seca, pura caricatura aunque de hecho puedan encontrarse ejemplares así en el mundo real.

García Hortelano no es un optimista, pero tampoco un pesimista. Diría que está sentado en una roca y desde .ella con templa con cierto desdén e indiferencia el juego de los hombres y las mujeres. Como quiera, que no está demasiado cerca de ellos, mezclado con sus vidas, no acierta a amarles y, por tanto a perdonarles, pero como tampoco está tan alto y lejos de ellos que le impida percibir el rumor de sus miserias, no alcanza a medir la grandeza y el resultado final de los actos humanos, y atento sólo a "la mezquindad de las pasiones, que ni siquiera son tales pues casi no pasan de instintos, lo que del mundo cuenta García Hortelano es una larga serie de encuentros entre los hombres y las mujeres que se quiebran porque solo parecen querer unirse justamente por el lado en que es menos duradera la relación. Y no tienen otra salida, no hay más posibilidad de diálogo. Este modo tan unilateral de ver el mundo deja al lector con el horizonte cerrado y perplejo. ¿Puede llegar a ser verdaderamente así?